

partida del niño, no es razón para demostrarles el mal que a los dos nos han hecho.

Su voz se enterneció, y estuvo a dos dedos de sollozar él también. Marta, desolada, tocada en el corazón por sus últimas palabras, iba a arrojarse en sus brazos. Pero temieron ser vistos, sintieron como un obstáculo entre ellos. Entonces se separaron; en tanto que los ojos de Olimpia relucían aún entre las dos cortinas rojas.

XI

Una mañana llegó el Padre Bourrette, con el rostro desencajado. Vió a Marta en la escalinata y fué a estrechárle las manos, balbuceando:

—Ese pobre Compan se ha acabado, se muere... Voy a subir porque es preciso que vea a Faujas en seguida.

Y cuando Marta le hubo señalado al cura, que según su costumbre se paseaba en el fondo del jardín, leyendo su breviario, el Padre Bourrette corrió hacia él, tambaleándose sobre sus cortas piernas. Quiso hablar, participándole la triste noticia; pero le ahogó la pena, y no pudo más que echárselo al cuello, con la garganta llena de sollozos.

—¿Qué les pasa a los dos curas?—preguntó Mouret, que se apresuró a salir del comedor.

—Parece que el párroco de San Saturnino está a la muerte—dijo Marta muy conmovida.

Mouret hizo un mohín de sorpresa. Volvió a entrar, diciendo entre dientes:

—¡Bah! Ese pobre Bourrette se consolará mañana, cuando le nombren párroco en sustitución del otro. Espera ese puesto, él me lo ha dicho,

Entre tanto, el Padre Faujas se había desasido del abrazo del viejo sacerdote. Recibió la mala noticia con gravedad, y cerró lentamente su breviario.

—Compan quiere verle a usted—balbuceaba el Padre Bourrette.—No pasará de esta mañana... ¡Ah! Era un amigo queridísimo. Habíamos estudiado juntos... Quiere decirle a usted adiós; toda la noche me ha estado repitiendo que sólo usted tenía valor en la diócesis. En el año largo que lleva peor, ningún cura de Plassans se ha atrevido a ir a estrecharle la mano. Y usted que apenas le conocía, le dedicaba una tarde por semana... Lloraba al hablarme de usted... Apresúrese usted, amigo mío.

El Padre Faujas subió un instante a su cuarto, en tanto que el Padre Bourrette pateaba de impaciencia y de desesperación en el vestíbulo; por fin, al cabo de un cuarto de hora, ambos partieron. El viejo sacerdote se enjugaba la frente y andaba dejando escapar entrecortadas frases.

—Habría muerto sin una oración, como un perro, si su hermana no hubiera ido a avisarme anoche a las once. Hizo bien, pobre señorita... No quería comprometer a ninguno de nosotros, y le hubiera dejado morir sin los últimos sacramentos... Sí, amigo mío; iba a morir en un rincón, solo abandonado; él, que ha tenido tan hermosa inteligencia y no ha vivido más que para el bien...

Se calló; después, al cabo de una pausa, cambiando de voz:

—¿Cree usted que Fénil me lo perdonará? No, nunca, ¿no es cierto?... Cuando me vió llegar Compan con los santos óleos, no los quería, me gritaba que me fuese. Bueno, esto es hecho. Nunca seré párroco. Y lo prefiero. No habré dejado

que Compan se muera como un perro... Hacía treinta años que estaba en guerra con Fénil. Cuando se metió en cama me dijo: "Bueno, ahora vence Fénil; ahora que he caído, me matará..." ¡Ah, pobre Compan! El, a quien he visto yo tan altivo, tan enérgico en San Saturnino... Eusebio, el monaguillo a quien he llevado con el Viático, se ha quedado como quien ve visiones, al saber dónde íbamos; miraba hacia atrás, a cada campanillazo, como si temiera que pudiese oírle el Padre Fénil.

El Padre Faujas, andando deprisa, con la cabeza baja y aspecto de preocupación, continuaba guardando silencio; parecía no escuchar a su compañero.

—¿Está advertido monseñor?—preguntó bruscamente.

Pero el Padre Mourrette, a su vez, parecía pensativo. No respondió; después, al llegar a la puerta de la casa del Padre Compan, murmuró:

—Dígale usted que acabamos de encontrar a Fénil y que nos ha saludado... Esto le gustará... Creerá que ya soy párroco.

Subieron en silencio. La hermana del moribundo salió a abrirles. Al ver a los dos sacerdotes, prorrumpió en sollozos, balbuceando en medio de sus lágrimas:

—Ya se ha concluido. Acaba de morir entre mis brazos... Yo estaba sola. Al morir ha mirado a su alrededor, y ha dicho: "Debo de tener la peste, cuando así me han abandonado..." ¡Ah, señores! Ha muerto con los ojos llenos de lágrimas...

Entraron en la pequeña estancia en la que el párroco Compan, con la cabeza sobre la almohada, parecía dormir. Los ojos se le habían quedado abiertos, y aquel rostro blanco, profundamente triste, lloraba aún; las lágrimas le resbalaban por

las mejillas. Entonces el Padre Burette cayó de hinojos, sollozando, rezando, con la frente apoyada en los colgantes cobertores. El Padre Faujas permaneció en pie, mirando al pobre muerto; después, una vez que se hubo arrodillado un instante, salió discretamente. El Padre Bourrette, absorto en su dolor, no le oyó siquiera cerrar la puerta.

El Padre Faujas se fué derecho al Obispado. En la antesala de monseñor Rousselot, halló al Padre Surin cargado de papeles.

—¿Desea usted acaso hablar con Monseñor?—le preguntó el secretario con su eterna sonrisa.—Viene usted en mala ocasión. Monseñor está tan ocupado, que ha hecho cerrar la puerta.

—Es para un asunto urgentísimo—dijo tranquilamente el Padre Faujas.—Puede usted avisarle, decirle que estoy aquí. Esperaré, si es menester.

—Temo que será inútil. Monseñor tiene con él a varias personas. Vuelva usted mañana, será mejor.

Pero el cura estaba tomando una silla, cuando el obispo abrió la puerta de su gabinete. Pareció muy contrariado al ver al visitante, a quien al pronto fingió no conocer.

—Hijo mío—dijo a Surin.—Cuando haya usted arreglado todos esos papeles, venga en seguida. Tengo que dictarle una carta.

Después, volviéndose hacia el cura, que se mantenía en pie respetuosamente, le dijo:

—¡Ah! ¿Es usted Padre Faujas? Me alegro mucho de verle... ¿Tiene usted algo que decirme? Pase usted, entre en mi gabinete. No me incomoda usted nunca.

El gabinete de monseñor Rousselot era una gran estancia, un tanto oscura, en donde, lo mismo en verano que en invierno, ardía continuamente gran

fuego de leña. La alfombra, los espesos cortinajes ahogaban el aire. Parecía que se entrase en agua tibia. El obispo vivía allí friolentemente, en un sillón, como viuda retirada del mundo, con horror al ruido, y descargando en el Padre Fénil el cuidado de la diócesis. Se moría por las literaturas antiguas. Decíase que traducía a Horacio en secreto; los versitos de la Antología griega le entusiasmaban también, y a veces se le escapaban citas escabrosas, que saboreaba con ingenuidad de letrado insensible a los pudores del mundo.

—Vea usted, no tengo a nadie—dijo acomodándose ante el fuego;—pero estoy algo enfermo y había dicho que no dejaran entrar... Pero puede usted hablar, que estoy a su disposición.

En su amabilidad ordinaria había un vaga inquietud, una especie de sumisión resignada. Cuando el Padre Faujas le hubo comunicado la muerte del párroco Compan, se levantó sobresaltado, enojado:

—¡Cómo!—exclamó.—¡Mi buen Compan ha muerto, y yo no he podido decirle adiós!... ¡Nadie me ha avisado! Ah amigo mío, razón tenía usted cuando me daba a entender que yo no mandaba aquí; se abusa de mi bondad.

—Monseñor—dijo el Padre Faujas,—sabe cuán adicto le soy; no aguardo más que una señal suya.

—Sí, sí, ya recuerdo lo que usted me ofreció; es usted un excelente corazón. ¡Pero qué campanada si rompiera yo con Fénil! Me destrozarían los oídos durante ocho días... Y sin embargo, si yo estuviera bien seguro de que usted me libraría de un golpe de ese personaje, si no temiera que al cabo de una semana volviera a aplastarle a usted...

El Padre Faujas no pudo reprimir una sonrisa. A los ojos del obispo se asomaron dos lágrimas.

—Tengo miedo, es cierto—continuó dejándose caer de nuevo en el sillón.—A tal extremo he llegado. Ese desgraciado es el que ha matado a Compan y ha hecho que me oculten su agonía, para que no pueda yo ir a cerrarle los ojos... Tiene ocurrencias terribles... Pero mire usted, yo prefiero vivir en paz; Fénil es muy activo, y me presta grandes servicios en la diócesis. Cuando yo no esté ya aquí, las cosas se arreglarán tal vez más sabiamente.

Se calmaba recobrando su sonrisa.

—Además, todo va bien en este momento, y no veo ninguna dificultad. Podemos esperar.

El Padre Faujas se sentó, y tranquilamente:

—Sin duda... y no obstante, va a ser preciso que Monseñor nombre párroco en San Saturnino, en sustitución del Padre Compan.

Monseñor Rousselot se llevó las manos a las sienas, con aire de desesperación.

—Santo Dios! ¡Tiene usted razón!—balbuceó. —Ya no me acordaba de eso... El buen Compan no sabe en qué apuro me pone, al morir tan bruscamente, sin estar yo prevenido. ¿Yo le había prometido a usted el puesto, verdad?

El cura se inclinó.

—Pues, amigo mío, va usted a salvarme, dejándome recoger mi palabra. Ya sabe usted cuánto le odia Fénil; el éxito de la obra de la Virgen le ha puesto furioso; jura que le impedirá a usted que conquiste Plassans... Ya ve usted que le hablo con el corazón en la mano... Hace unos días, al hablar de la parroquia de San Saturnino, pronuncié el nombre de usted. Fénil montó en una cólera atroz, y tuve que jurarle que le daría la parro-

quia para uno de sus protegidos, el Padre Chardon, a quien ya conoce usted; hombre dignísimo, por otra parte... Amigo mío, haga usted eso por mí, renuncie a la idea... Yo le recompensaré de modo que le agrade.

El cura se quedó grave. Después de una pausa, como si hubiera reflexionado:

—No ignora Monseñor—dijo,—que yo no tengo ninguna ambición personal; deseo vivir retirado, y sería para mí una gran alegría el renunciar a esa parroquia. Sólo que no soy dueño de mí mismo, y quiero dar satisfacción a los protectores que por mí se interesan... Por usted mismo, Monseñor, reflexione antes de tomar una determinación de que se podría arrepentir más tarde.

Aunque el Padre Faujas había hablado muy humildemente, el obispo comprendió la envuelta amenaza que encerraban sus palabras. Se levantó y dió algunos paseos, presa de una perplejidad llena de angustia. Después, levantando las manos:

—Bueno, ya tenemos tormento para rato... Yo hubiera querido evitar todas estas explicaciones; pero puesto que usted insiste, es menester hablar francamente... Querido señor, el Padre Fénil le reprocha a usted muchas cosas. Como ya creo haberle dicho, debe de haber escrito a Besançon, en donde se habrá enterado de las feas historias que usted sabe... Es verdad que usted me lo ha explicado todo, que conozco sus méritos, su vida de arrepentimiento y de retiro; pero, ¿qué quiere usted? El gran vicario tiene armas contra usted, y las emplea terriblemente. Muchas veces ni yo mismo sé cómo defenderle a usted... Cuando el ministro me rogó que le aceptara a usted en mi diócesis, no le oculté que la situación de usted

sería difícil. Pero insistió con más fuerza, me dijo que eso era cuenta de usted, y yo acabé por consentir. Pero hoy no debe usted pedirme lo imposible.

El Padre Faujas no había bajado la cabeza; por el contrario, la levantó más, miró de frente al obispo, y le dijo brevemente:

—Monseñor me ha dado su palabra.

—Sí, sí... El pobre Compan decaía de día en día; vino usted a confiarme ciertas cosas... Entonces prometí, no lo niego... Escúcheme usted; quiero decirselo todo para que no pueda usted acusarme de girar como una veleta. Pretendía usted que el ministro deseaba vivamente su nombramiento para la parroquia de San Saturnino. Pues, bueno, yo he escrito, me he informado, un amigo mío ha ido al ministerio... Casi se le han reído en las barbas y le han dicho que ni siquiera conocían a usted... El ministro niega en absoluto que sea su protector, ¿lo oye usted? Si usted quiere, voy a leerle una carta en la que se muestra severísimo con respecto a usted.

Y alargaba el brazo para buscar en un cajón; pero el Padre Faujas se había puesto en pie, sin separar la vista del prelado, y con una sonrisa en la que se veía un punto de ironía y de lástima:

—¡Ah, monseñor, monseñor!—murmuró.

Después, al cabo de un silencio, como si no quisiera explicarse más:

—Le devuelvo su palabra, Monseñor — prosiguió.—Crea que en todo esto, trabajaba más aún por usted que por mí. Más tarde, cuando no sea ya tiempo, recordará usted mis advertencias.

Y se dirigía hacia la puerta; pero el obispo le

retuvo, le hizo quedarse, murmurando con inquietud:

—Veamos, ¿qué quiere usted decir? Explíquese, querido señor Faujas. Ya sé yo que en París nos ponen mala cara desde la elección del marqués de Lagrifoul. Muy poco me conocen, verdaderamente, si han podido imaginarse que yo me he inmiscuido en ese asunto; no salgo de mi gabinete ni dos veces al mes... ¿De manera que usted cree que se me acusa de haber hecho nombrar al marqués?

—Sí, lo temo—dijo redondamente el cura.

—¡Oh, eso es absurdo! Yo no me he metido nunca en política; vivo con mis queridos libros... Fénil es el que lo ha hecho todo. Veinte mil veces le he dicho que acabaría por ocasionarme disgustos en París.

Se detuvo, ruborizándose ligeramente por haber pronunciado estas últimas frases. El Padre Faujas se sentó de nuevo ante él, y con voz profunda:

—Monseñor, acaba usted de condenar a su gran vicario... No le he dicho yo nunca otra cosa. No continúe usted haciendo causa común con él, pues de lo contrario, le ocasionará disgustos muy graves. Aunque usted no lo crea, yo tengo amigos en París. Yo sé que la elección del marqués de Lagrifould ha predispuesto al gobierno contra usted en gran manera. Con razón o sin ella, le creen a usted la única causa del movimiento de oposición que se manifiesta en Plassans, donde el ministro, por motivos particulares, quiere a todo trance obtener la mayoría. Si en las elecciones próximas triunfa otra vez el candidato legitimista, sería un disgusto

muy grande y temería yo por la tranquilidad de usted.

—¡Pero eso es horroroso!—exclamó el desgraciado obispo, agitándose en su sillón.—Yo no puedo impedir que triunfe el candidato legitimista... ¿Tengo yo la menor influencia? ¿Me he inmiscuído alguna vez en estos asuntos?... ¡Ah! Le aseguro a usted que hay días en que me dan ganas de encerrarme en el fondo de un convento. Me llevaría mi biblioteca y viviría completamente tranquilo. Fénil es el que debiera ser obispo en mi lugar. Si yo hiciera caso a Fénil, me pondría de una vez en pugna con el gobierno; no escucharía más que a Roma, y enviaría a París a paseo... Pero ese no es mi temperamento, quiero morir tranquilo... ¿De manera que dice usted que el ministro está furioso contra mí?

El cura no respondió; dos pliegues que se fruncían en las comisuras de su boca, comunicaban a su rostro un desprecio mudo.

—¡Dios mío!—continuó el obispo.—Si yo creyera que le daba gusto al nombrar a usted párroco de San Saturnino, procuraría arreglarlo... Sólo que le aseguro a usted que se engaña; está usted muy poco en olor de santidad.

El Padre Faujas hizo un brusco ademán. Por un momento se entregó, por la impaciencia que sentía.

—¡Ah!—dijo.—¿Olvida usted las infamias que sobre mí corren, y que llegué a Plassans con la sotana agujereada? Cuando se envía a un hombre perdido a un puesto peligroso, se reniega de él hasta el día del triunfo... Ayúdeme monseñor a triunfar, y ya verá como tengo amigos en París.

Después, al ver que el obispo, sorprendido por

aquella figura de enérgico aventurero que acababa de erguirse ante él, continuaba mirándole en silencio, se puso otra vez flexible:

—Son suposiciones—continuó.—Quiero decir que tengo mucho que hacerme perdonar. Mis amigos aguardan que mi situación sea del todo firme para darle a usted las gracias.

Monseñor Rousselot permaneció mudo un instante más. Era un temperamento delicadísimo, que había aprendido el vicio humano en los libros. Tenía conciencia de su gran debilidad, y aun estaba un tanto avergonzado de ella; pero se consolaba juzgando a los hombres por lo que valían. Con su vida de epicúreo letrado, hacía, a ratos, una profunda burla de los ambiciosos que lo rodeaban, disputándose los jirones de su poder.

—Vamos—dijo sonriendo.—Es usted un hombre tenaz, querido señor Faujas. Ya que le he dado a usted mi palabra, la cumpliré... Hace seis meses, lo confieso, habría temido levantar a toda la ciudad en contra mía; pero ha sabido usted hacerse amar, y las señoras de la ciudad me hablan a menudo de usted con grandes elogios. Al darle a usted la parroquia de San Saturnino, pago la deuda de la obra de la Virgen.

El obispo había recobrado su amabilidad jovial, sus exquisitos modales de prelado encantador. El Padre Surin, en aquel momento, pasó su linda cabeza por la entornada puerta.

—No, hijo mío—decía el obispo.—No le dictaré esa carta... Ya no la necesito. Puede usted retirarse.

—El Padre Fénil está aquí—murmuró el joven sacerdote.

—Ah, bien; que espere.

Monseñor Rousselot se había sobresaltado levemente, pero hizo un gesto de decisión casi agradable, y miró al Padre Faujas con aire de inteligencia.

—Mire, salga usted por aquí—le dijo abriendo una puerta oculta tras un cortinaje.

Se detuvo en el dintel, y continuó mirándole con una sonrisa.

—Fénil se va a poner furioso... ¿Me promete usted defenderme, si grita demasiado? A usted se lo entrego, se lo advierto... También cuento con que no dejará usted volver a elegir al marqués de Lagrifould... ¡Caramba! Ahora me apoyo en usted, querido señor Foujas.

Saludóle con el extremo de su blanca mano, y volvió a entrar indolentemente en la tibieza de su gabinete. El Padre había quedado encorvado, sorprendido de la soltura completamente femenina con la que monseñor Rousselot cambiaba de amo y se entregaba al más fuerte. Sólo entonces comprendió que el obispo se acababa de burlar de él, como debía de burlarse del Padre Fénil, desde el muelle sillón en que traducía a Horacio.

Al jueves siguiente, hacia las diez, en el momento en que la buena sociedad de Plassans se apretujaba en el salón verde de los Rougon, se presentó en la puerta el Padre Faujas. Estaba soberbio, alto, encendido, vistiendo una fina sotana que relucía como raso. Permaneció grave con leve sonrisa, apenas un amable pliegue de los labios, lo necesario sólo para iluminar su austero semblante con un rayo de bondad.

—¡Ah! Es nuestro querido párroco—exclamó alegremente madame Condamin.

La dueña de la casa se precipitó hacia él; tomó entre sus dos manos una del cura, llevándole al centro del salón, y acariciándole con la mirada, mientras movía suavemente la cabeza.

—¡Qué sorpresa, qué agradable sorpresa!—repetía.—Hace un siglo que no le vemos a usted... ¿Es preciso que caiga la dicha en su casa para que se acuerde usted de los amigos?

El Padre saludaba con soltura. A su alrededor veía una ovación lisonjera, un cuchicheo de mujeres entusiasmadas. Madame Delangre y madame Rastoil no aguardaron que fuese a saludarlas; se adelantaron para felicitarle por su nombramiento, que era oficial desde aquella mañana. El alcalde, el juez de paz y hasta el señor de Bourdeu le dieron vigorosos apretones de mano.

—¿Eh, qué punto?—cuchicheó el señor de Condomin al oído del doctor Porquier.—Este hará lo que quiera. Yo lo oí desde el primer día... Ya sabe usted que tanto madame Rougon como él, mienten como sacamuelas con todos sus fingimientos. Yo le he visto colarse aquí más de diez veces, al caer de la noche. ¡Buenas cosas deben de urdir entre los dos!

Pero el doctor Porquier tuvo un miedo atroz de que el señor de Condamin le comprometiera; se apresuró a abandonarle para estrechar, como los otros, la mano del Padre Faujas, aunque nunca le había dirigido la palabra.

Esta entrada triunfal fué el gran acontecimiento de la velada. Al sentarse el párroco, le rodeó un triple cerco de faldas. El cura habló con encantadora bondad de muchas cosas, evitando cuidadosamente el responder a las alusiones. Preguntado

directamente por Felicidad, se contentó con decir que no habitaría la parroquia, que prefería la casa en que tan tranquilo vivía hacía cerca de tres años. Marta estaba allí entre las damas, reservadísima como de costumbre. Había sonreído sencillamente al cura, mirándole de lejos, algo pálida, con aspecto cansado e inquieto. Pero cuando el cura expresó su intención de no abandonar la calle Balande, Marta se ruborizó mucho y se levantó para pasar al saloncito, como sofocada por el calor. Madame Paloque, junto a la cual había ido a sentarse el señor de Condamin, se rió, diciéndole en voz lo bastante alta para que la oyeran:

—¿Está bonito, verdad? Por lo menos, debería no darle citas aquí, puesto que tienen todo el día para ello en su casa.

Sólo el señor de Condamin se echó a reír. Las demás personas se mostraron frías. Madame Paloque, comprendiendo que acababa de hacerse daño a sí misma, trató de echarlo por la vía de guasa.

Entre tanto, en los rincones se hablaba del Padre Fénil. La gran curiosidad era saber si iba a presentarse. El señor de Bourdeu, uno de los amigos del gran vicario, dijo doctamente que estaba indispuerto. La noticia de esta indisposición fué acogida con discretas sonrisas. Todo el mundo estaba al corriente de la revolución ocurrida en el Obispado. El Padre Surin daba a las señoras detalles muy curiosos de la horrible escena sobrevvenida entre Monseñor y el gran vicario. Este último vencido por Monseñor, hacía contar que un ataque de gota le retenía en casa. Pero aquel no era desenlace, y el Padre Surin añadía "que se verían gordas". Esto se repetía al oído con pequeñas exclamaciones, con movimientos de ca-

beza, con mohines de sorpresa y de duda. En el momento, al menos, era el Padre Faujas el que vencía. De modo que las bellas devotas se calentaban dulcemente, arrimándose a aquel naciente sol.

A la mitad de la velada, entró el Padre Baurrette. Callaron las conversaciones, y le miraron todos con curiosidad. Nadie ignoraba que el día antes contaba aún con la parroquia de San Saturnino; había suplido al Padre Compan durante su larga enfermedad; la plaza era suya. El cura permaneció un instante en el dintel, sin observar el movimiento que producía su llegada, algo desalentado, latándole los párpados. Después, al ver al Padre Faujas se abalanzó hacia él, y le estrechó con efusión ambas manos, exclamando:

—¡Ah! Amigo mío, déjeme que le felicite... Vengo de su casa, donde he sabido por su señora madre que estaba usted aquí... Mucho me alegro de encontrarle...

El Padre Faujas se había levantado turbado, no obstante su sangre fría, sorprendido por aquel cariño que no esperaba.

—Sí—murmuró.—He tenido que aceptar, a pesar de mi poco mérito... Había rehusado al principio, citando a Monseñor sacerdotes más dignos, citándole a usted mismo...

El Padre Bourrette entornó los ojos, y llevándole aparte y bajando la voz:

—Monseñor me lo ha contado todo. Parece que Fénil no quería ni oír hablar de mí. Si me hubieran nombrado, habría pegado fuego a la diócesis; son sus propias palabras. Mi crimen es haber cerrado los ojos al pobre Compan... Y Fénil exigía, como usted sabe, el nombramiento del Padre Chardon. Hombre piadoso sin duda, pero de

notoria insuficiencia. El gran vicario pensaba reinar con su nombre en San Saturnino... Entonces fué cuando Monseñor le dió a usted la plaza para hacerle una mala partida y librarse de él. Esto me venga. Estoy contentísimo, querido amigo... ¿Sabe usted la historia?

—No, con detalles no.

—Pues bien, las cosas han ocurrido así, se lo aseguro. Lo sé de los mismos labios de Monseñor... Entre nosotros; me ha dejado entrever una buena compensación. El segundo gran vicario, el Padre Vial, desea establecerse en Roma hace mucho tiempo. La plaza quedaría libre, ¿sabe usted? En fin, silencio acerca de esto... No daría el día de hoy por mucho dinero.

Y continuaba estrechando las manos del Padre Faujas, en tanto que su ancho rostro resplandecía de júbilo. En torno de ellos, las damas se miraban sonriendo, con asombro. Pero la alegría del buen señor era tan franca, que acabó por comunicarse a todo el salón verde, en el cual la ovación hecha al nuevo párroco tomó carácter más íntimo y enternecido. Las faldas se aproximaron más; se habló de los órganos de la catedral, que necesitaban ser reparados; madame de Condamin prometió un soberbio altar portátil para la próxima procesión del Corpus.

El Padre Bourrette tomaba su parte en el triunfo cuando madame Paloque, alargando su rostro de monstruo, le tocó en el hombro, murmurándole al oído.

—Entonces, señor cura, ¿no confesará usted mañana en la capilla de San Miguel?

El cura, desde que suplía al Padre Compan,

había tomado el confesonario de la capilla de San Miguel, el más grande y cómodo de la iglesia, que estaba reservado particularmente al párroco. Al pronto no comprendió, y entornó los ojos, mirando a madame Paloque.

—Le pregunto—repitió ésta,—si volverá usted mañana a su antiguo confesonario de la capilla de los Santos Angeles.

Se puso un poco pálido y permaneció un instante en silencio. Bajaba los ojos, experimentando un leve dolor en la nuca, como si le hubiesen dado un golpe. Después comprendiendo que madame Paloque seguía allí, observándole:

—Sí, claro—balbuceó.—Vuelvo a mi antiguo confesonario... Vaya usted a la capilla de los Santos Angeles, la última a mano izquierda, por la parte del claustro... Es muy húmeda... Abríguese usted bien, querida señora, abríguese.

Tenía lágrimas en el borde de los párpados. Se había encariñado con el hermoso confesonario de la capilla de San Miguel, en el que entraba el sol por la tarde, a la hora de confesar precisamente. Hasta entonces no había sentido tener que entregar la catedral al Padre Faujas; pero este pequeño detalle, aquella mudanza de una capilla a otra, le pareció horriblemente penosa. Creyó perdido el objeto de toda su vida. Madame Paloque hizo observar en voz alta que el Padre Bourrette se había puesto triste de pronto; pero él protestó, procurando sonreír de nuevo. Salió del salón muy temprano.

El Padre Faujas se quedó hasta los últimos. Rougon se había acercado a felicitarle, hablando gravemente, sentados ambos en los extremos de un canapé. Hablaban de la necesidad de los sen-

timientos religiosos en un Estado sabiamente organizado; en tanto que cada señora que se marchaba hacía ante ellos una reverencia.

—Señor cura—dijo graciosamente Felicidad.— Ya se sabe que es usted el caballero de mi hija.

Se levantó. Marta le esperaba cerca de la puerta. La noche era muy negra. En la calle quedaron como cegados por la obscuridad. Atravesaron la plaza de la Subprefectura sin pronunciar una palabra; pero, en la calle Balande, delante de la casa, Marta le tocó el brazo, en el momento en que iba él a meter la llave en la cerradura.

—Me alegro mucho de su felicidad—le dijo con voz conmovida.—Sea usted bueno hoy, y concédame la gracia que hasta ahora me ha negado. Le aseguro a usted que el Padre Baurrette no me entiende. Usted solo puede dirigirme y salvarme.

El la separó con un ademán. Después, cuando hubo abierto la puerta y encendido la lamparilla que dejaba Rosa al pie de la escalera, subió, diciendo dulcemente:

Me prometió usted ser juiciosa... Pensaré en lo que me pide. Ya hablaremos.

Marta le hubiera besado las manos. No entró en su casa hasta que hubo oído cerrar la puerta, en el piso de arriba. Y, mientras se desnudaba y acostaba, no escuchó a Mouret, que, medio dormido, le contaba los chismes que corrían por la ciudad. Había ido a su círculo, al Círculo del Comercio, en el que pocas veces ponía los pies.

—El Padre Faujas ha desbancado al Padre Bourrette—repitió por décima vez, volviendo lentamente la cabeza sobre la almohada.—¡Qué infeliz es ese pobre Bourrette! Bueno, bueno; es diver-

tido ver a los curárganos comiéndose unos a otros. ¿Te acuerdas de cuando se abrazaban el otro día en el fondo del jardín? ¿Quién no les habría tomado por hermanos? ¡Oh! Hasta las devotas se roban... ¿Por qué no respondes, hija mía? ¿Crees que no es cierto?... No; duermes, ¿verdad? Pues buenas noches, hasta mañana.

Y se volvió a dormir, mascullando frases sueltas. Marta, con los ojos abiertos, miraba al aire, y seguía en el techo, iluminado por la mariposa, el roce de las zapatillas del Padre Faujas, que se metía en la cama.